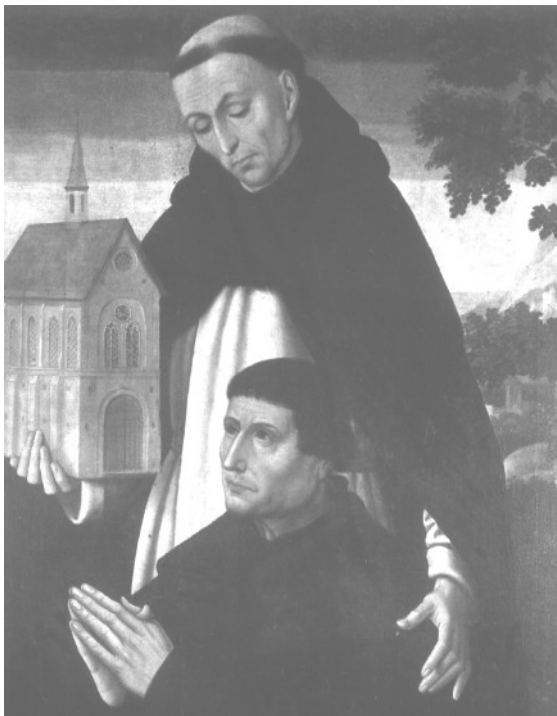


¿Es el divorcio la solución?

Por ROLANDO SUÁREZ COBIÁN

El matrimonio es una alianza por la que el varón y la mujer constituyen entre sí un consorcio de toda la vida, ordenado por su misma índole natural al bien de los cónyuges y a la generación y educación de la prole. Fue elevado, por Cristo Nuestro Señor, a la dignidad de sacramento entre bautizados (c.1055, CIC). Las propiedades esenciales del matrimonio como institución natural son: la unidad y la indisolubilidad. (c.1056, CIC) y su basamento en un amor creciente del uno hacia el otro. El matrimonio va íntimamente conectado con las primeras y más fundamentales funciones de la familia que son, el bienestar de los cónyuges, la procreación y la educación de los hijos. En la familia encuentra el hombre su natural sello de identidad y el medio natural para su inserción en sociedad. Mediante la familia, el hombre descubre su conexión con el pasado y con el futuro y se siente naturalmente integrado en la existencia humana.



Los estados intervienen en la regulación de esta institución porque reconocen en ella el fundamento de toda la sociedad y la estabilidad de los individuos. No obstante, el fenómeno o institución del divorcio existe desde la antigüedad y en diversas culturas. En el Deuteronomio se relata cómo Moisés entrega al pueblo de Israel las normas de conducta que deben regir en él y entre ellas se encuentra la posibilidad del divorcio al expresar: “si un hombre toma una mujer y se casa con ella, pero después resulta que no le gusta por haber encontrado en ella algo indecente, le dará por escrito un certificado de divorcio y la despedirá de su casa”. (Dt 24,1-4)

Esta regla responde a las costumbres de aquella época y fija las condiciones para sustentar el divorcio. Hay que tener en cuenta que la indisolubilidad conyugal no depende del derecho natural primario, sin ella puede el matrimonio alcanzar su fin principal, aunque más difícilmente. Cristo restauró la indisolubilidad del matrimonio.

Él recuerda a los fariseos: ¿No han leído ustedes en la Escritura que el que los creó en el principio, “hombre y mujer los creó”? Y dijo: “Por eso, el hombre dejará a su padre y a su madre para unirse a su esposa, y los dos serán como una sola persona”. “Así que ya no son dos, sino uno solo. De modo que el hombre no debe separar lo que Dios ha unido”. (Mt. 19,4-6; Mc. 10, 4-9; Lc 16,18) Al ser increpado Cristo por los fariseos quienes alegaban que Moisés estableció esa ley, les respondió “Precisamente por lo tercos que son ustedes, Moisés les permitió divorciarse de su esposa, pero al principio no fue de esa manera”. (Mt 19,8) Santo Tomás de Aquino explica que esta regla se habría concedido a los judíos por miedo a los crímenes domésticos a que los inclinaba su “dureza de corazón”. Para este Doctor de la Iglesia el repudio “es una verdadera rotura del vínculo conyugal”.

Las ideas y principios elaborados por los autores de la reforma protestante en el siglo XVI

consideraron en general que el matrimonio no era un sacramento, sino un asunto secular de competencia del Estado y admiten el divorcio, al fundamentar esto Lutero en el pecado original que dejó una profunda huella en la naturaleza humana y por ello el acto conyugal está inevitablemente afectado por la fuerza del pecado. El divorcio, que de una u otra forma se reconoce en la mayoría de los pueblos, no contradice esta tendencia natural, ideológica y social que constatamos en la historia de la humanidad sobre la unidad e indisolubilidad del matrimonio, viene a ser la excepción que confirma la regla. La sociedad necesita crear un procedimiento que permita solucionar los conflictos particulares, y partir del principio de que el matrimonio es un bien social, basado en la estabilidad de la pareja y teniendo en cuenta que la ruptura del matrimonio puede ser causa de injusticias y daños sociales.

El compromiso de la indisolubilidad tiene un sentido ético y moral que se manifiesta en la conciencia de los contrayentes y en el deber que asumen de mostrarse mutua fidelidad sin defraudarse el uno al otro. Esta fidelidad esta basada en el amor mutuo que pretenden desarrollar hasta lograr ser uno solo. La legislación sobre el divorcio, si miramos especialmente al pasado, va relacionada con el interés que la sociedad presta a la institución matrimonial y con la necesidad que esta siente de amparar a las personas que pueden quedar ofendidas y perjudicadas con el divorcio. Esta protección se ha ido transformando porque las ideas acerca de los deberes matrimoniales y familiares, de la seriedad del compromiso matrimonial, de la importancia de que la unión de la pareja sea definitiva, tienen poca fuerza en la conciencia del hombre y la mujer de hoy y cada vez es menor esta fuerza a consecuencia de los modelos de conducta que se propagan mediante los medios de comunicación social y algunas corrientes filosóficas e ideológicas. Además, algunas corrientes de pensamiento aseveran que lo que realmente está en decadencia es el matrimonio y el tipo de familia que las leyes defienden.

La ley cubana, el matrimonio y el divorcio

La Constitución de la República reconoce a la familia como “la célula fundamental de la sociedad y le atribuye responsabilidades y funciones esenciales en la educación y formación de las nuevas generaciones”. Además, el Estado se constituye en protector de la familia, la maternidad y el matrimonio. Esta norma básica no reconoce explícitamente el divorcio, sino que remite a la ley la disolución del matrimonio. Esta fue la segunda Constitución que incluyó regulaciones con respecto a estas instituciones, a la cual precedió la de 1940, puesto que en la de 1901 y en las constituciones mambisas nada se menciona al respecto.

Desde 1889 y hasta el año 1975, la ley que reguló todo lo relativo al matrimonio, la familia y el divorcio fue el Código Civil, pero en cuanto al divorcio, que inicialmente tenía solamente el efecto de la separación de los cónyuges por determinadas causas graves, fue modificado por una ley de 1918 pero no se introdujo la disolución del vínculo sino hasta la promulgación, por el Consejo de Secretarios, del Decreto Ley No. 206, de 1934. En aquel período este Consejo era el único órgano legislativo existente tras el derrocamiento de Gerardo Machado, cuando era Presidente de la República el doctor Carlos Mendieta, figura impuesta por Fulgencio Batista tras el golpe de estado del 4 de septiembre.

El compromiso de la indisolubilidad tiene un sentido ético y moral que se manifiesta en la conciencia de los contrayentes y en el deber que asumen de mostrarse mutua fidelidad sin defraudarse el uno al otro

La promulgación de este Decreto no estuvo precedida por un debate público ni fue publicado el proyecto en los medios masivos de comunicación. Por ello no hubo reacciones en amplios sectores de la ciudadanía. Por su parte, la Iglesia no tenía, desde la fundación de la república, instituciones laicas capaces de promover otras corrientes de opinión o lograr una incidencia política. Tampoco existían partidos políticos interesados en actuar adecuadamente en defensa del matrimonio y la familia.

La introducción del divorcio con disolución del vínculo matrimonial fue el resultado de una

corriente de pensamiento, elementos ideológicos y criterios filosóficos de los gobernantes del momento, principalmente los criterios de la historicidad del matrimonio por causas de relaciones económicas o de clase y legalista en cuanto a considerar el matrimonio como un contrato civil corriente. Además de la presencia de criterios feministas de la época y otros aspectos políticos de interés para el gobierno.

No es hasta el 6 de febrero de 1940 que los obispos de Cuba se dirigen públicamente a los delegados a la Asamblea Constituyente, para proponer que en la futura constitución debería, entre otros aspectos, establecer la protección de la institución del matrimonio y reconocer la indisolubilidad del vínculo que lo constituye y que el matrimonio religioso tuviera fuerza legal. El fundamento para tal petición en cuanto al matrimonio fue la constatación, seis años después de la introducción en Cuba del divorcio con disolución del vínculo matrimonial, de los males que está produciendo en la sociedad la relajación del vínculo matrimonial y los estudios existentes del incremento de delitos cometidos por jóvenes que proceden de hogares divorciados”.

Como dato adicional debe tenerse en cuenta que, por las Leyes 797 y 976, de los años 1961 y 1963, respectivamente, se desarrolló por el gobierno lo que se denominó “operación familia” que facilitó los trámites para formalizar las uniones consensuales que, en número apreciable, existían en el país, lo que constituyó un respaldo a la estabilidad de la familia. Según el citado Decreto Ley No. 206, para lograr el divorcio, mediante sentencia de los tribunales, era necesario que uno de los cónyuges probara una de las causas, o motivos, regulados en el propio Decreto. Estas causas, o motivos, pudieran arbitrariamente resumirse en cuatro grupos. Añado a esto comentarios en cada uno.



El primer grupo, con conductas relacionadas con la vida conyugal, a las que están expuestas la casi totalidad de los matrimonios. Estas son:

- el adulterio;
 - el abandono voluntario, sin interrupción, del hogar por más de seis meses;
 - la falta de cumplimiento voluntaria y reiterada de cualquiera de los cónyuges en el sostenimiento o mantenimiento del hogar;
 - la separación de los cónyuges durante más de seis meses por ruptura de la vida conyugal en común o por negarse cualquiera de ellos a continuarla;
- la disparidad o incompatibilidad de caracteres entre los cónyuges o las reiteradas desavenencias entre los mismos de manera que no sea normal la vida conyugal;
 - la bigamia sin perjuicio de acción de nulidad que pueda ejercerse por los cónyuges.

Es evidente que la “disparidad o incompatibilidad de caracteres” fue la causa más alegada ante los tribunales y los procesos se convirtieron, de hecho, en una farsa que se repetía caso tras caso. El estado no propició la ayuda y asistencia institucional y profesional necesaria para estas realidades y simplemente dejó hacer y dejó pasar y en consecuencia la realidad social comenzó a transformarse y a cambiar, pero no en un sentido de progreso, aún cuando consideraba y considera a la familia como la célula fundamental de la sociedad, o sea, su base de sustentación.

Hoy en día, los que defienden el matrimonio y consecuentemente a la familia, consideran que las conductas anteriores pueden tener causas más profundas y muchas tienen soluciones armoniosas y de beneficio para la preservación de la familia. Por eso proponen capacitar a los cónyuges para el trato o manejo adecuado de las crisis o la intervención y asistencia de otras personas mediadoras; función que muchas veces asumieron sacerdotes y consejeros.

El otro grupo de causas para divorciarse son las conductas ajenas al matrimonio como son:

- la comisión, después del matrimonio, de un delito grave y sancionado con reclusión perpetua o prisión mayor;
- el vicio inveterado al juego;
- el transcurso de seis meses después de haberse declarado judicialmente ausente;

Añado a este grupo las causas por enfermedades, algunas de ellas curables o controlables. Estas son:

- la ebriedad consuetudinaria,
- la enfermedad contagiosa de origen sexual, siempre que haya sido contraída en actos sexuales;
- la locura crónica después de dos años de la declaración judicial,
- cualquier vicio o falta de moralidad que perjudique la honra, el crédito o la fama de uno de los cónyuges,
- el vicio inveterado de las drogas heroicas de los productos estupefacientes o cualquier otra sustancia análoga.

Es de considerar los conceptos que sobre el hombre y su dignidad tenían los legisladores que incluyeron tales causas. En las etapas de la vida donde la persona más necesita del cónyuge y de la familia, ante conductas que pueden tener fundamentos patológicos y que requieren de tratamientos especializados, la solución oficial fue abandonar a la persona a su suerte y romper, o tratar de romper todo vínculo, lo cual provocó así mayor lesión y perjuicio a la persona sufriente y le privaron de una posible solución efectiva.

El último grupo está referido a la violencia doméstica, como se le denomina hoy en día. Estas son:

- cualquier acto del marido que tienda a prostituir a su mujer, o cualquier acto de un cónyuge para corromper al otro,
- cualquier acto de los cónyuges para corromper o prostituir a los hijos o la coparticipación o provecho en su corrupción o prostitución.;
- la injuria grave de obra o reiteradas de palabra;
- la comisión de un delito grave contra la persona del otro cónyuge o de los hijos de cualquiera de ellos.

Las legislaciones modernas contemplan estos casos con la denominación antes referida y algunos Estados proveen soluciones de distinto tipo, aunque no todas eficaces, para mitigar esta realidad, que también está presente en nuestra realidad, pero sin legislación que aporte soluciones. Estas causas y procedimientos tuvieron vigencia desde 1934 hasta 1975, o sea 40 años, hasta que se promulga el Código de Familia, precedido, esta vez, de una extensa divulgación, promoción y discusión por la población en grupos organizados por calles, en las ciudades y en las zonas rurales, antes de ser aprobado por el parlamento. En esta oportunidad tampoco hubo oposición al divorcio y estuvo muy en boga que la institución como tal era una solución y no un conflicto. Resultó evidente que el divorcio estaba perfectamente instalado en la conciencia y conducta de la mayoría y así continúa.

Para los cristianos católicos, sin muchas posibilidades de actuación pública en aquel momento, la opinión más difundida era que el matrimonio eclesiástico no difería mucho de la descripción, fundamentos y compromisos que el Código regulaba, salvo en algunos

El divorcio no ha significado la ruptura total del vínculo matrimonial. Es imposible pensar que por corta que haya sido la unión y por poco razonada que haya sido la decisión de casarse, no exista una huella de amor frustrado, de duda sobre la posibilidad de otra solución y de recelo ante una nueva unión que será comparada con la anterior y estará presente la mala experiencia en ambos cónyuges

aspectos ideológicos y que el divorcio, para el católico, no era una solución. En algunas pocas parroquias se realizaron estudios sobre esto.

El Código de Familia establece que el matrimonio se fundamenta en los siguientes principios o reglas (Artículos 24 al 28):

- Igualdad de derecho y deberes de ambos cónyuges
- Convivencia, lealtad, consideración, respeto y ayuda mutua
- Cumplimiento de lo que exigen las leyes de la fidelidad y las del honor y hombría de bien
- Cuidar de la familia que han creado, cooperar el uno con el otro en la educación, formación y guía de los hijos, conforme a los principios de la moral socialista
- Participar en el gobierno del hogar y cooperar al mejor desenvolvimiento del mismo, para satisfacer las necesidades de la familia que han creado con su matrimonio, cada uno según sus facultades y capacidad económica
- Si uno no trabaja y está al cuidado del hogar y los hijos, el otro sufraga la subsistencia
- Ejercitar profesiones y oficios y prestarse ayuda para emprender estudios o perfeccionar conocimientos, pero cuidarán en todo caso de organizar la vida en el hogar de modo que tales actividades se coordinen con el cumplimiento de las obligaciones impuestas por el Código

El conocimiento del significado del matrimonio se ha tergiversado en nuestra cultura y para una parte de la sociedad no tiene sentido puesto que no se busca la fundación de una familia y el bienestar personal junto al otro que pasará a ser uno mismo.

Aunque está ausente toda referencia al amor, la unidad e indisolubilidad, los compromisos a que obliga a los cónyuges no se alejan, salvo las excepciones expresadas, del ideal cristiano de matrimonio. El Código de Familia mantuvo el divorcio con disolución del vínculo matrimonial, pero sin que fuera necesario probar ante un tribunal causas específicas, incluso admitió el acuerdo entre los cónyuges. Posteriormente otra legislación dispuso, en los casos de consenso o “mutuo acuerdo” entre los cónyuges, el divorcio mediante acta notarial.

Para obtener una sentencia de divorcio, el motivo que puede alegarse, por cualquiera de los cónyuges, es que el matrimonio perdió el sentido para ellos y para los hijos, y con ello también para la sociedad, siempre que existan causas que hayan creado una situación objetiva en la que el matrimonio haya dejado de ser o ya no pueda ser en el futuro, la unión de un hombre y una mujer en que de modo adecuado se puedan ejercer los derechos, cumplir las obligaciones y lograrse los fines que el Código regula en los artículos 24 al 28.

Divorcio: solución o incremento de la crisis

En nuestra realidad el divorcio es muy fácil de obtener. Además, pocos matrimonios antes de adoptar esta decisión piden ayuda o consejo o, lo que es peor, nadie se la ofrece. No hay instituciones o servicios estables que se dediquen y sean relativamente accesibles para cualquiera. A esto hay que añadir que tampoco la constitución del matrimonio va precedida de una elemental información sobre su realidad, compromisos y obligaciones, así como de sus ventajas y virtudes y pocos son los servicios que en este campo se ofrecen a las futuras parejas por instituciones defensoras de la familia.

El impacto, tras 70 años de la introducción del divorcio, es el incremento del número de matrimonios disueltos, aunque hay estadísticas solamente desde el año 1960. Se han registrado más de 43,0 miles de divorcios en un año (1991) y el promedio de los últimos seis años es de 38,6 miles. Esta disminución puede ser efecto de que el número de matrimonios por año han disminuido, porque las uniones consensuales se han incrementado e igualmente la edad de la población.

Lo más significativo es que en el año 2002 de los 35 mil 590 divorcios registrados, el 12 por ciento estuvieron casados un año o menos; el 25 por ciento se divorció después seis años de casados y el 38 por ciento, después de 10 años. Es de tener en cuenta también que, tras cuatro generaciones

que conocen el divorcio, están presentes ancianos cuya soledad proviene de tal ruptura y menores insatisfechos con las conductas que observan en sus padres.

El divorcio no ha significado la ruptura total del vínculo matrimonial. Es imposible pensar que por corta que haya sido la unión y por poco razonada que haya sido la decisión de casarse, no exista una huella de amor frustrado, de duda sobre la posibilidad de otra solución y de recelo ante una nueva unión que será comparada con la anterior y estará presente la mala experiencia en ambos cónyuges. La ley incluso obliga a mantener vínculos de pensiones para las mujeres o el cónyuge incapacitado, de manutención y atención a los hijos, que se torna prácticamente imposible por las formas de vida, conducta y cultura imperantes. Además terceras personas, en especial los hijos, son también sufrientes de esta ruptura que, en muchas ocasiones, borra la presencia y patrón de conducta del padre y que desestabiliza la propia conducta del menor, adolescente e incluso adulto. Esta realidad genera más rechazo a la constitución de familias y de permanencia de las uniones e incluso propicia conductas contrarias a la sociedad.

Imágenes, símbolos de la posmodernidad, que promueven el hedonismo y la total despreocupación por constituir familia resultan a la larga perjudiciales. No ha desaparecido el matrimonio de conveniencia, que era uno de los argumentos para el divorcio. Hoy se observa un incremento de estos, motivados en muchos casos por la voluntad de emigrar, con riesgos muy superiores a los que existieron antes. Esto a veces se acompaña de conductas inducidas por los padres que se aproximan a la prostitución para lograr supuestas soluciones para sus hijas.

Las mujeres, y en menor medida los hombres, laceradas por el divorcio y con la obligación de asumir la educación de sus hijos prácticamente solas, además de obtener los medios de supervivencia, no son precisamente la imagen de solución de una crisis, sino la agudización de esta. El conocimiento del significado del matrimonio se ha tergiversado en nuestra cultura y para una parte de la sociedad no tiene sentido puesto que no se busca la fundación de una familia y el bienestar personal junto al otro que pasará a ser uno mismo. En esto influyen los conceptos machistas, los mensajes de los medios masivos de comunicación, tanto oficiales como los informales, y la falta de instituciones, programas y labor comunitaria de enseñanza y valoración del matrimonio.

Las soluciones pasan por reconsiderar el valor del matrimonio y la familia en nuestra cultura y aventurarse en los caminos que conduzcan, a partir del análisis de una cruel realidad para muchos, a descubrir y entronizar los cambios necesarios para valorar adecuadamente a la familia y protegerla. La intervención del Estado es fundamental porque tiene capacidad para propiciar medios, en especial en la enseñanza general y especializada y los salarios familiares adecuados, pero esto no excluye la presencia y participación de otras entidades e instituciones no oficiales que promuevan soluciones desde puntos de vista diversos.

En lo anterior es imprescindible la formación de la persona en función de la familia unida y fuerte como base de toda la sociedad, puesto que esto condiciona la conducta y futuro de la nación y sus valores. No es excluyente de lo anterior el propiciar servicios a las madres que hoy, como tales, tratan de educar a sus hijos sin la presencia de un padre o de armonizar las relaciones de sus hijos con su nueva pareja, totalmente ajena a estos, pero con obligaciones sobre ellos, según la ley. En esto también nuestra Iglesia trata de lograr asistir y acompañar los casos más críticos, aún sin los medios más elementales para ello. Tampoco es excluyente el crear instituciones que, al buscar el fortalecimiento de la familia, provean servicios que faciliten la reconciliación y el crecimiento del matrimonio en sus momentos más críticos y en los cuales, por su garantía de discreción y valor profesional, la sociedad pueda confiar. Lo que está en juego actualmente no es la familia, que ya de por sí está dañada, sino la propia sociedad y su futuro, sobre todo en su capacidad de desarrollarse en su conjunto en una realidad humana y trascendente.